

Era un camión sin barandas, inglés de origen, ideal para climas fríos y ventiscas neblinosas, imaginaba por la estrechez de la cabina, pero poco apto para el subtropical de calores abrasadores. Eso sí, chapones gruesos, incluido el del capot que al cerrarlo resonaban los metales a distancia.

Al fragor de sudores beduinos, peones que usaban costales vacíos para cubrirse lomo y cabeza subían las blancas y orejonas bolsas de harina. Setenta kilos a la espalda, tomaban impulso a la carrera para remontar el planchón. Todo ordenado por tío Mango, ojo avizor que señalaba la disposición –tipo mecano– de los costales.

–Cincuenta bolsas –anotó el tío.

Al atardecer se desplegó la curtida carpa, endurecida de tierra, lluvias y trazos caprichosos de aceites viejos. Fue maniatada con

fuertes sogas tirantes que aprisionaron los bultos a los parales.

–Si llueve mucho... un engrudo –me dijo el tío. Reía ante su ocurrencia y canturreaba bajito–. Llevaremos una reina, ¿qué te parece?

Yo no tenía idea de cómo era el itinerario, ni las inclemencias de la naturaleza. Sólo me importaba el viaje y adentrarme más allá de las rotondas y los rancheríos de las afueras. Conocer el interior de la provincia me producía un estado de ansiedad. Tenía vagas referencias sobre el polvo de los caminos, los tigres y una difusa y lejana zona limítrofe, habitada por parlantes extraños de grandes sombreros y manojos de dinero en los bolsillos.

Quizás el tío esperaba que preguntara a qué reina se refería, pero me imaginé que tendríamos compañía femenina. Así fue. La mujer nos estaba esperando sentada bajo la marquesina de un club nocturno. Nos apretujamos en el asiento mientras nos alejábamos de los fanales de la ciudad que flotaban en el horizonte. Un llantito –quizás de incomodidad– surgió entre los lienzos de lo que creía era un bolso o atadito de ropas en brazos de la muchacha. Sentía al contacto las

formas cálidas del cuerpo de la joven y sus risas divertidas por el necesario recorrido de la palanca de cambios del Bedford entre sus piernas. El ancho vestido ceñido a la cintura despedía una fragancia penetrante que mezclada con meados de la criatura inundaba la ruidosa cabina. O tal vez fuera el embrujo de luna de su cuello, tan cerca que me saturaba.

En la primera curva, de cara al amanecer y al rocío frío, hicimos un alto en el silencio de los barrancos, solo quebrado por el ronroneo lejano de esporádicos vehículos cuyos faros iluminaban al pasar el camión amarillo y su mole de momia gigante y se perdían envueltos en una polvareda adherida al aire lento. Los dejé hacer a sus anchas mientras fumaba. Tendrían que haber cerrado las ventanillas. Los ayes y largos gemidos eran acompañados de lastimeros lloriqueos de la criatura. Me alejé despacito caminando de a tramos por la montura terrosa de las huellas, como jugando. Buscaba la salida del sol tras el oscuro muro de árboles trinantes de pájaros, mientras una tenue claridad se desprendía de las nubes.

Al rato, Mango bajó de la cabina ajustándose los pantalones y haciéndome señas. Si quería aprovechar, ella me esperaba. Hubie-

ra sido mejor regresar corriendo a casa. No figuraba en mis planes de esta manera. Algo habrá adivinado el tío en mi actitud pues no insistió y se metió entre las matas.

Eirene –así dijo llamarse– me miraba y sonreía mientras amamantaba al infante. Iba a la frontera, donde el aire tiene olor a melaza, dijo.

Preferí subirme al boucher de herramientas, sobre el techo del camión.

–Cuidado nomás con las ramas... a ver si te perdemos –chanceó el tío.

Encapotado el cielo de nubarrones, yo aspiraba la brisa matinal, envuelto en el verde esplendor del monte que invade las barranqueras. Los ramalazos calientes del motor subían de golpe al llegar a las cimas y ese largarse como en tobogán por los andarivelos lustrosos y rojos del camino me impulsaba a gritar de alegría a la inmensidad. Unos carros polacos y sus bueyes aparecían de vez en cuando. Pasamos el puente de maderas del Yabebirí, que me pareció casi al ras del agua. Después supe que el arroyo estaba crecido, había llovido en demasía en las nacientes de los cerros. Los truenos presagiaban que tendríamos agua. Se hizo areniscas la ruta a nuestro paso por el pueblo de San Ig-

nacio y el anuncio “Al Venezia” se me antojó un oasis cuando nos detuvimos.

Un hombre de cabello rubio estaba sentado frente a una mesita con un mantel de hule lustroso. Algunas láminas llamativas de paisajes italianos, incluidas las góndolas venecianas, decoraban los estantes con bebidas. Las risas provenían del patio, donde un par de camioneros tomaban mate bajo el parral, a un costado del brocal del pozo. Eran conocidos de Mango. Bromeando, le preguntaron si se había agrandado la familia.

–Nada más que cumpliendo con mi hermana de hacerlo pasear al muchacho para que se haga hombre –respondió–. Y llevando una prenda ajena...

Cuando regresé de los sanitarios, Mango compartía la mesita con el solitario de melena rubia y nariz aguileña.

–El Alemão –presentó el tío.

Eirene llegó arrastrando el llantito de su retoño en brazos, que me enteré se llamaba Irene. Ella trataba de calmar el llanto palpando sus rosadas ropitas y dándole el pecho mientras se servía galletas con dulce de leche y mate cocido.

–Dicen que el Piray Guasú está crecido y peligroso –dijo el Alemão con acento portu-

ñol. A grandes voces los camioneros comentaban cómo habían pasado a duras penas el puente con los rollizos para aserrajes y yerba en ponchadas. Las aguas locas corrían a raudales hacia el gran río.

El Alemão tenía un Willys de la segunda guerra. Él y Mango departían a un costado del camión. Eirene se mostraba solícita.

—Él es mi amigo —me dijo Eirene, señalando al Alemão—. Se porta bien conmigo.

Partieron sin despedirse, ella acunando la criatura en el regazo. El jeep arrancó bruscamente, dobló en la primera esquina rumbo a la ruta y, acelerando, enfiló hacia las ruinas jesuíticas.

La tarde bajaba a zancadas entre las grietas de nubes cada vez más densas. Hicimos varias paradas y ni rastros del Willys.

Ahora el camión bramaba en las cuevas bajo el cielo cubierto de nubarrones. Desfallecía en las arribadas para lanzarse con ahínco en las bajadas, en un juego de metódica montaña rusa. Los barrancos, hasta la media altura del monte, estaban rojizos de tierra como si fueran un tejido hecho de polvo. Más camiones cargados, algunos con largos cachapés de gigantes troncos, huían de la inminente tormenta.